

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

La reflexividad y el trabajo de campo. De la experiencia investigativa a las clases en el aula.

Olga Paez y Mercedes Savall.

Cita:

Olga Paez y Mercedes Savall (2009). *La reflexividad y el trabajo de campo. De la experiencia investigativa a las clases en el aula. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1140>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La reflexividad y el trabajo de campo

**De la experiencia investigativa
a las clases en el aula**

Dra Olga Paez

ompaez@hotmail.com

Lic Mercedes Savall

*mercedessavall@arnet.com.ar**

I.- Introducción

La presente ponencia pretende construir puentes que vinculen nuestra experiencia en el trabajo de campo con enfoque antropológico y las maneras con que las transmitimos a nuestros alumnos de metodología de la investigación, teniendo como eje la premisa de la reflexividad.

En estos últimos tiempos las inquietudes despertadas por la creciente ola de violencia –tanto en las ciudades como en los territorios rurales y semi rurales- del país- se tradujeron en investigaciones metodológicamente clásicas que describen los tipos de habitantes más expuestos, las cantidades de damnificados por sexo, clase social, edades y sitios de residencia, entre otros aspectos. A estos avances deben sumarse los trabajos que orientados a desentrañar las ideas y sentimientos, las creencias y las motivaciones internas que significativamente mueven a los pobladores en situación de pobreza frente al fenómeno, tal ha sido nuestro caso.

* Las autoras son docentes de la asignatura Metodología de la Investigación Social II- Escuela de Trabajo Social de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales- Universidad Nacional de Córdoba

Cómo experimentan la violencia que atraviesa sus vidas, sus familias, sus ámbitos de trabajo, constituyó en gran medida, el objetivo de dichas indagaciones. Para ello, y recuperando datos oficiales que muestran el crecimiento de los actos delictivos, se eligió explorar las motivaciones subyacen a los comportamientos de pobladores pobres de la ciudad de Córdoba, recurriendo a diseños cualitativos que posibilitan la inmersión del investigador en el propio ambiente cotidiano de los ciudadanos, entendiéndolos no solo como cuerpos humanos sino como seres activos que generan, crean y recrean diferentes estrategias y mecanismos de comportamientos emergentes, para contrarrestar estas circunstancias que irrumpen y dislocan sus vidas.

Estas experiencias de contactos –por vía de innumerables entrevistas etnográficas- despertaron variados interrogantes respecto a ciertos supuestos típicamente adjudicados al diseño cualitativo; algunos referidos a los alcances, posibilidades y límites de los instrumentos utilizados y otros, orientados a los principios estrictamente epistemológicos que sustentan al enfoque, entre estos últimos, la **reflexividad**, habida cuenta de su singular relevancia en estudios que pretenden avanzar más allá de lo que se muestra y observa exteriormente.

La búsqueda de comprensión de los motivos y creencias que están por detrás de lo que la gente hace, y que otorgan razonabilidad a sus prácticas y comportamientos, nos condujo a profundizar acerca de la reflexividad como premisa estratégica en la recolección en campo de la información y su tratamiento y elaboración, posibilitando revisar el aspecto –no menor- de las dificultades que implica su transmisión áulica.

II. Algunas explicitaciones necesarias

¿Qué queremos decir cuando expresamos que uno de los criterios centrales de los estudios cualitativos es la reflexividad? Básicamente que apelamos a reconocernos como parte del mundo que estudiamos. ... *“indagar reflexivamente de qué manera se co-produce el conocimiento a través de sus nociones y sus actitudes y desarrollar la reflexión crítica acerca de sus supuestos, su sentido común, su lugar en el campo y las condiciones históricas y socioculturales en que el investigador lleva a cabo su labor” (...)* esto suele designarse como *“reflexividad”*...dice Rosana Guber (1988).

Veamos, si deseamos conocer la visión que significativamente atribuyen y sostienen los habitantes de barriadas marginales acerca de sus percepciones sobre la seguridad, el investigador necesitará

participar, observando y dialogando en diferentes actividades y momentos de la vida de la comunidad; se requerirá que camine por sus calles, que se siente en sus plazas, que se sume a la cola que aguarda el ómnibus, que mantenga encuentros circunstanciales con las madres que acompañan a sus hijos pequeños a la escuela; que se incorpore a quienes forman parte de una sala de espera en un centro de salud; tendrá que integrarse al movimiento de los negocios, de los bares, de despensas y kioscos, observando los modos de vestir y de hablar, los horarios frecuentados, las relaciones entre las amas de casa, las interacciones en las veredas, las relaciones entre “jóvenes” y “viejos” –y a quiénes se considera como tales- indagando las lógicas de los intercambios sociales entre mujeres y varones..., buscará descifrar las atmósferas de la barriada durante el día y la noche, en fin, tendrá que instalarse en la realidad misma de la vida cotidiana de aquellos a quienes pretende estudiar.

III. El trabajo de campo y la reflexividad

Los significados que los actores emplean en las diversas situaciones sociales no son en modo alguno, auto evidentes; nada asegura que por hablar el mismo idioma, estaremos empleando las mismas categorías, “seguro” e “inseguro”, “vida violenta” y “vida tranquila y justa” pueden querer decir cosas muy distintas, según sea el investigador o los pobladores quienes las emplean y en qué contexto y frente a quién/es las usan.

La experiencia en trabajo de campo, indica que ni siquiera podremos confiar en categorías -en apariencias- más específicas o restringidas, como las de “atropello”, “agresión”, “vandalismo”, “solidario”, pues según diversas circunstancias éstas nos remiten a significados diferentes. Solo participando y reflexionando críticamente sobre los modos en que se desenvuelven las rutinas cotidianas y las modalidades de participación comunitarias, tendremos posibilidades de llegar a conocer los sentidos que a estos conceptos atribuyen los pobladores.

La exigencia de practicar una actividad reflexiva permanente, potenciará la apertura a la aprehensión, entendida como la captura de lo que *no se ve*. El investigador explicativo-interpretativo deberá anclarse necesariamente en el contexto para sostener su capacidad reflexiva, partiendo de la convicción de que lo que distingue específicamente a las relaciones sociales es su característica eminentemente ínter subjetiva. La reflexividad en el trabajo de campo contribuirá a la diferenciación de los respectivos contextos, a detectar permanentemente la presencia de los propios marcos interpretativos y el de los informantes, ayudando a elucidar cómo cada quien interpreta esa

relación, en búsqueda de hacer posible el establecimiento de un nexo progresivo entre ambos universos.¹

La premisa de la reflexividad nos remite a las elaboraciones teóricas de Alfred Schutz (1972), para quien el conjunto de recetas sociales, reglas y concepciones sobre la conducta apropiada constituye un stock de conocimientos que los individuos poseen y que constituyen lo que entienden por realidad. Dicho stock de conocimientos, es adquirido por socialización y se configura en la guía que orienta sus actos en el proceso cotidiano de adaptarse a su entorno; rara vez, esos conocimientos son objeto de reflexión, por eso, son tomados como dados y por ello, los individuos en su interacción con otros, actúan bajo el supuesto de que existe una “reciprocidad de perspectivas” – como si todos compartiesen el stock de conocimientos disponibles- En otras palabras, ***como si vieses y vivieses el mismo mundo.***²

El aporte de este autor pone de manifiesto la estratégica relevancia del trabajo de campo como instancia del conocimiento y su nexo con la reflexividad –como sesgo particular del investigador cualitativo- sosteniendo la definición de que el mismo implica *la presencia directa, generalmente individual y prolongada del investigador en el lugar donde se encuentran los actores/miembros de la unidad sociocultural que desea estudiar* (Guber:2001 pp84 y ss).

El campo de una investigación es su referente empírico, es la porción de lo real que se aspira conocer, es el mundo natural y social en el cual se desenvuelve la vida de los grupos humanos que lo construyen. Su composición es –en cierta forma- una compleja conjunción entre el ámbito físico, los actores y sus actividades. Es un recorte de lo real, al tiempo que escenario de las interacciones cotidianas y de los eventuales intercambios entre investigador e informante, que es re-construido y re-significado por ambos, por lo que va más allá de lo físico (calles, plazas, negocios, centros educativos, etc.). Del campo surge –cual materia prima- la información que el investigador obtiene y transforma en datos utilizables para su investigación.

¹ Universo cultural, en el sentido del modo en que un grupo de personas aprendió a ver, oír, hablar, pensar y actuar en su mundo social. (Guber. El salvaje metropolitano. pp. 213).

² Todo ello genera la presunción de que el mundo en que viven es común a todos, otorgándoles –esta creencia- un sentido a la sociedad que de otro modo no existiría. La organización social es posible por esta *presunción* –no comprobada- de los actores sociales de que ellos comparten un mundo común, lo cual afecta sus respuestas y genera prácticas de comportamiento que posibilitan el mantenimiento del orden social. La sociedad se nos aparece así, no como algo objetivo y externo, sino como algo que existe en la reciprocidad de perspectivas. La organización social no dependerá, en consecuencia, de los contenidos sustanciales del stock de conocimientos, sino de esa *presunción* que los individuos poseen de que comparten un mundo común.

Lo real se compone, así, no únicamente de fenómenos observables, sino de la significación que los actores le asignan a su entorno y a la trama de acciones que los involucra; el investigador accede pues, a dos dominios diferenciales aunque indisolublemente unidos: el universo de las acciones y las prácticas y la dimensión de los sentidos y de las representaciones, ambos componen con igual rango, el mundo singular del trabajo de campo sobre el cual trabaja el investigador.

Afirmamos que lo real abarca las prácticas *-lo que la gente hace-* los valores *-lo que dice que hace-* y las normas formales *-lo que se espera que debe hacerse-*, y son estos los mundos puestos en cuestión por vía de las verbalizaciones en la actividad reflexiva de investigador e informantes, produciendo rupturas en las presunciones que convierten en *naturales* los derroteros vitales de los seres humanos.

Sencillo de decir, pero difícil de llevar a buen fin en la medida que ni los datos provienen exclusivamente de los hechos, ni sus verbalizaciones los replican, ni el investigador deja completamente de lado sus marcos de referencia, ni sus objetivos resultan marginales ni ingenuos respecto de la realidad que pretende conocer; efectivamente resulta una tarea ardua y compleja en tanto aspira a capturar la frescura de los escenarios reales –con sus formas y sustancias singulares–

La tensión entre el bagaje del investigador y la realidad del campo –desde luego, no exclusiva del investigador cualitativo– adquiere en su caso, dimensiones particulares, para disolverla y resolverla el investigador debe asignar a las técnicas que utiliza un papel estratégico para hacer realidad la finalidad de enriquecer y profundizar el conocimiento teórico –ampliando su capacidad explicativa– y llegando, al mismo tiempo, a comprender la lógica que estructura la vida social. En efecto, el uso cuidadoso de las técnicas, potenciarán la calidad de la información, sobre todo, a que ésta sea el resultado de un proceso de co- elaboración teórica, que encuentra en la reflexividad su mejor expresión.⁴

¿De qué manera se expresa el referente empírico al investigador? Es un interrogante habitual, pues bien, aparece tanto en la forma de categorías denominadas sociales, como en forma de prácticas y/o actividades concretas; las que reflexivamente el investigador deberá abordar por vía de un diálogo activo que tenga presente los conceptos teóricos –participación social, comunidad, familia, pobreza, marginalidad, desamparo, inseguridad, etcétera– buscando la manera de identificar y reconocer los sentidos con que son usados en la vida real.

⁴ El empleo reflexivo de técnicas antropológicas es el camino indicado para posibilitar al reconocimiento, diferenciación y co-producción de los mundos de investigador e informantes; es, la alternativa adecuada para la elucidación de los contenidos de esta relación y para el reconocimiento de los respectivos supuestos teóricos y de sentido común que en ellos operan.

Subrayar la necesidad y relevancia del diálogo significa, dejar de lado –hasta donde sea posible- los monólogos del investigador de modo que el propósito del trabajo de campo cumpla con y satisfaga coherentemente sus objetivos: obtener información empírica que de lugar a especificaciones de problemas teóricos; poder reconstruir la organización y la lógica propias de los grupos sociales (la perspectiva del actor como expresión de la diversidad) y reformular el propio modelo teórico a partir de la lógica reconstruida de lo social (categorías teóricas en relación a categorías sociales).

Ahora bien, a estos objetivos no se arriban cumpliendo etapas sucesivas que distancian el trabajo de campo del trabajo teórico de gabinete, sino transitando –ejecutando- un solo, mismo y simultáneo proceso. Es mediante la reflexividad que comprende, abarca y tiñe al trabajo de campo, que los diferentes aspectos del trabajo investigativo adquieren –en su unidad- su riqueza singular.

IV...la reflexividad

En general, alude a la capacidad de los seres humanos de comportarse según expectativas, motivos y propósitos, capacidad que los convierte en *sujetos de su acción*; en efecto, vemos que en su vida habitual, sus conductas adhieren a determinadas normas sociales y relegan otras; constatamos que jerarquizan algunas, mientras que otras no son consideradas; observamos que desarrollan cotidianamente tareas rutinarias a las que impregnan con sus sellos personales más allá de sus circunstancias, es decir que la reflexividad nos está permitiendo corroborar cuan genuina es la afirmación de que los individuos son/somos, los sujetos de una cultura, de una época y de un sistema social. Estas observaciones serán el material a recoger por el investigador para construir la perspectiva del actor, teniendo constantemente presente –desde el momento de comenzar a tejerse las interrelaciones del trabajo de campo- que la reflexividad individual debe necesariamente dejar de operar independientemente, por más que cada uno lleve a cuevas su propio mundo social y sus condicionamientos históricos, dando paso en su lugar, a una reflexividad –en sentido relacional- que promueva la adopción de decisiones conjuntas y auspicie recreaciones comunes, dejando en suspenso los universos particulares.

En este punto es clara la expresión...*si caracterizamos al conocimiento como un proceso llevado a cabo desde un sujeto y en relación a otros sujetos cuyo mundo social se intenta explicar, la reflexividad en el trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente –sentido común, teoría, modelos explicativos (...)* y la de los actores o sujetos/objetos de investigación (Guber 1988: 85)

Es conocida la postura del investigador cualitativo de indagar a fondo las expresiones y afirmaciones que bajo la presunción de que todos compartimos iguales perspectivas, se hacen, en búsqueda de hacer explícito el lugar de enunciación del emisor, esto es, su empeño en reivindicar de qué cuerpo de conocimientos, desde qué perspectivas y con qué objetivos son pronunciadas las

expresiones, tanto se trate de las que emiten los investigadores sociales, como las hechas por la gente común, cuestionando –de hecho- la mentada neutralidad y el carácter absoluto de toda afirmación. Esta actitud vigilante sería un ingrediente sustantivo de la reflexividad puesta en práctica durante el proceso del trabajo de campo, evitando que la misma, quede limitada a la propia –del investigador- o a la de los informantes, en el entendimiento de que las perspectivas puestas en contraste se resignificarán adquiriendo nuevos sentidos.

Este complejo proceso, desde luego, requiere de un honrado y crítico trabajo de asunción efectiva de la perspectiva antropológica. No resulta para nada ocioso reiterar que investigador e informantes provienen de dos universos de significación, de dos mundos sociales diferentes y ninguna de las partes podrá descifrar cabalmente las preguntas de conductas, las expresiones y los objetivos que movilizan al otro, si no se consideran estas disímiles pertenencias.

Las búsquedas del investigador –en situación de campo- se dirigen al desentrañamiento de los enigmas del mundo social y cultural propio de los sujetos en estudio, cuya lógica, reacciones, comportamientos, más las reconfiguraciones que el propio trabajo de campo genera, pretende dilucidar.

En un primer momento, la reflexividad da lugar a la perplejidad, el investigador considerará extrañas las respuestas que obtiene e inmediatamente se esforzará por comprender las reacciones que suscita su presencia, puede que sobrevengan algunas frustraciones, tanto como las que él despierta en los actores que tampoco entienden el porqué de su presencia en *su territorio*. Perplejidad, molestias y desconocimientos mutuos llevan frecuentemente a la situación de no saber qué, ni cómo preguntar –por parte del investigador- y a no saber qué ni cómo responder –por parte de los informantes.

Estos desencuentros vividos como obstáculos, necesitarán de la habilidad del investigador para –seguramente tras sucesivos ensayos por superarlos- lograr diluir las resistencias, obteniendo la aceptación empática necesaria para una fructífera co-residencia.

Estas etapas preliminares requerirán por parte del investigador el aceptar que lo que ve no supone una respuesta inmediata a sus incógnitas y que su presencia no garantiza por sí misma resultados verdaderos, eliminando el supuesto de que “es posible colocarse de tal manera de experimentar la realidad de manera plena e inmediata” (Hammersley citado por Guber:1988 pp. 51) y evitando la tendencia –reiterada, aunque pocas veces reconocida- de forzar la información acoplándola a sus marcos explicativos.

Con estas prevenciones el investigador estará siendo coherente con los requerimientos de la reflexividad, estará ampliando y movilizand los canales de la intercomunicación con sus eventuales informantes, estará profundizando su permeabilidad respecto de lo que desconoce y –

simultáneamente- estará relegando sus propias perspectivas, evitando vinculaciones e interpretaciones acriticas y peregrinas, en procura de una efectiva apertura y desarrollo de lo que implica el trabajo de campo cualitativo.

El investigador, en estas circunstancias podrá observar los rituales y las interrelaciones cotidianos de sus muestras, con el empuje y desprejuicio necesarios para convertirlos en terreno fértil para la exploración de sus significados, más allá, tanto de su propio sentido común como de sus esquemas teórico-explicativos.

Las innumerables dificultades que surgen para llevar a cabo semejante proceso de conocimiento deberán ser entendidas como desafíos que las diversidades sociales imponen al propio sistema de clasificación, significación y comprensión –y en buena parte el modo de vida- que sustenta el investigador. Quizá por ello, tampoco resulte excesivo -en la labor de enseñanza- ejemplificar estas situaciones, recomendando tener en cuenta que no basta desplazarse al campo, vistiendo como visten los pobladores... para *ser uno de ellos*.

En las instancias del trabajo de campo, el investigador pondrá a prueba fundamentalmente sus patrones de pensamiento y de acción más profundos; para lograr resultados satisfactorios tendrá, asimismo, que organizar su propia vida cotidiana en el campo, revisando las relaciones que establece con los habitantes, y esencialmente los nexos que con ellos articula para obtener información cada vez más extensa y sistemática sobre lo que desconoce, cumpliendo con aquello de que *hay que saber qué se busca, pero –siempre- hay que buscar e ir más allá de los que se encuentra*.

Su predisposición anímica y su habilidad en el manejo del diálogo, su agudeza para la observación y el control ejercido para la identificación del origen de sus supuestos y correlativamente de sus inferencias, pondrán la garantía de un auténtico trabajo de campo antropológico como instancia ventajosa del conocimiento social.

La constante relación con los sujetos que estudia y por lo tanto, el permanente intercambio con ellos lejos de la soledad del gabinete, entrañan una constante probabilidad de contradicciones, de malos entendidos y de contrastes, disrupciones que no solo proceden, como afirmáramos precedentemente, del hecho de que investigador e informantes pertenezcan a dos mundos socioculturales distintos, sino también a que tienen objetivos propios y diferentes: el conocimiento particularmente teórico, el primero y la práctica social, los segundos.

Es por fin, la capacidad de negociación por parte del investigador, la que se pondrá en juego para convertir a la co-residencia en verdadero encuentro, dirimiendo –sutil, pero convincentemente- los contrastes en el propio proceso de trabajo de campo.

Este es el panorama que enfrentará el investigador que sale a terreno y estos los resguardos a considerar para poder avanzar en sus comprensiones y construir sus descripciones y explicaciones.

Por ello, es que el trabajo de campo es considerado como la instancia mediadora imprescindible del conocimiento social entre ambos términos de la ecuación: investigador e informantes. Y lo es, porque el conocimiento de la realidad está mediatizado por la reflexividad del sujeto cognoscente y la de los sujetos a conocer en situación de encuentro en campo; que el investigador pueda ¿despojarse? ¿suspender? los sesgos del trabajo académico ampliará sus posibilidades de entender que está lidiando simultáneamente con las alternativas del trabajo de campo propiamente dicho y con los avatares que toda relación social genera, con sus códigos, con sus principios singulares y con sus tonalidades intrínsecas.

En el caso particular, la relación establecida entre –nosotros- investigadores provenientes de franjas sociales adjudicatarias de un cierto bienestar y de conocimientos académicos complejos, residentes de áreas *protegidas*, condicionaron los sucesivos encuentros en el área en estudio, estableciendo los límites previsibles, sin embargo, el tener presente de modo permanente la premisa de la reflexividad, sirvió de disparador para acercamientos –de campo- fructíferos transformados en momentos de producción de datos y elaboración de conocimientos, al tiempo, que estimuló el poder *ver* la riqueza de la vida barrial con sus prácticas y rituales, mucho más allá del enfoque que las condensa en “actividades” y “opiniones” mensurables, a la vez que puso en evidencia la diversidad de significados en circulación y el “trabajo” constante de los actores por hacer inteligible sus tareas.

Bibliografía

- J. P. Goetz y M. D. Le Compte (1988): Etnografía y diseño cualitativo en investigación educativa. Morata
- R. Guber (1988): El salvaje metropolitano. Colección Comunicación y Sociedad. Editorial Legasa..
- R. Guber Etnografía (2001): Método, campo y reflexividad. Editorial Norma. Bs. As
- Alfred Schutz: (1972): Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva. Paidos. Bs. As.
- S. J. Taylor y R. Bogdan (1992): Introducción a los métodos cualitativos de investigación. Paidos.